

MISA DE LA EPIFANÍA

1. Análisis del Introito: *Ecce advenit Dominus*

Intr.
2.
C-ce * advé- nit domi-nátor Dó-mi- nus :
et régnum in má- nu é- jus, et pot-é-stas, et
impé- ri- um. Ps. Dé- us, judí-ci- um tú-um Régi da : *
et justí-ti-am tú-am Fí-li- o Ré-gis. Gló-ri- a Pátri.
E u o u a e.

Con este Introito de Epifanía el gregoriano no sólo ofrece una pieza musical para cantar sino que también presenta una *lectio* bíblica muy particular, tal como ya vimos en los tres primeros Domingos de Adviento publicados en este sitio. En efecto, con esta antífona de entrada, construida muy libremente con textos del profeta Malaquías 3,1 y 1 Cro 29,12, el gregoriano ofrece una *lectio divina* muy interesante.

En primer lugar se debe recordar que en los primeros siglos, en Oriente, la Iglesia celebraba la Navidad el 6 de enero. Sin embargo, su contenido eran las diversas “manifestaciones-epifanías” de Dios en torno a su nacimiento, desde el signo del Niño en el pesebre, María y José, la estrella conduciendo a los Reyes que vienen de otras naciones a adorar al Niño, los ángeles cantando con los pastores, etc. a lo cual se agregaron las dos grandes epifanías del Bautismo del Señor y las Bodas de Caná. La Epifanía es el coronamiento de la Navidad, pues es la manifestación de la universalidad de la salvación para “todos los pueblos”, y así la celebraban los primeros cristianos.

En las Misas de la Noche y del Día de Navidad vimos cómo el gregoriano, por los textos que elige (todos del Antiguo Testamento), se mantiene dentro de un clima de “realización de las promesas” hechas a lo largo de la historia de la salvación, principalmente por los profetas. No se utilizan los textos de las narraciones de los Evangelios de la infancia de Mateo y Lucas. Y la gran promesa es la venida de Dios en la persona de su “enviado” (= ángel). De allí que en la Misa del Día de Navidad (*Puer*), el Niño recibiera el nombre del “Ángel del gran consejo”. Este nombre venía de la traducción griega de la Biblia y de una versión temprana de la traducción latina que ya conocieron Tertuliano (año 200) y la Anáfora Eucarística de las *Constituciones Apostólicas* que aplican ese texto de Isaías 9,6 y ese nombre de “Ángel del gran consejo” a Cristo. “Ángel”, porque es el gran “enviado” de Dios, y “del gran consejo” porque Él trae el “*eu-angelio*”, el gran anuncio: Dios es un Padre.

En la fiesta de hoy, Epifanía, el gregoriano sigue con esa *lectio* bíblica y nos coloca en el libro que une los dos Testamentos: el profeta Malaquías. Es el último de los profetas y en la Biblia latina es el libro que precede a Mateo (igual que en la Biblia de Jerusalén). Y el lazo de unión entre los dos Testamentos está en las palabras que Mateo recuerda de Cristo cuando aplica al Bautista y a sí mismo la profecía de Malaquías 3,1, utilizado en el Introito de hoy. El texto del profeta dice así:

He aquí (ecce) que envío a mi ángel delante de mí y preparará el camino...y vendrá el dominador... el ángel de la alianza que esperáis (*Ml 3,1 Vulg.*).

Es más, Cristo, para poder aplicárselo a sí mismo ya le hace un cambio: el “*delante de mí*” por “*delante de ti*” para poder aplicarlo al Bautista y a Él. Los dos reciben el nombre de “ángel”, “enviado”. Y en ese discurso sobre el Bautista Cristo, al citar a Malaquías lo pone como el culmen de la Ley y los Profetas (cfr. *Mt 11,13*; Cristo vuelve a citar a Malaquías al referirse a la venida de Elías y el Bautista en la Transfiguración, cfr. *Mt 17,10 ss.*). Malaquías culmina la gran profecía: vendrá el “enviado”, el ángel de Dios. Tan central es este anuncio que el mismo nombre del Profeta viene de este versículo 3,1. Malaquías significa “ángel mío”, “mi enviado”.

Para los primeros cristianos que conocían muy bien las Escrituras, aunque no se nombrase al “ángel” de Dios, reconocían rápidamente el texto de Malaquías (muchos Padres de la Iglesia lo llamaban el libro del “Ángel”), especialmente, como dijimos, porque lo usa el mismo Señor. Sin embargo lo más interesante de nuestro Introito *Ecce advenit* es que, más que importarle el texto en su literalidad, toma pie en esa reconstrucción de sus palabras para darle un sentido a la Epifanía acorde a lo que venía anunciando del Salvador desde el comienzo del Adiento. Como la Epifanía es el culmen mismo al que se dirige la Navidad, esta reconstrucción de la antífona esta hecha utilizando la segunda parte de la frase: *y vendrá el dominador... el ángel de la alianza que esperáis (Ml 3,1 Vulg.)*. Ya no hay lugar para ningún mensajero, porque el enviado ha llegado, por eso no usa la primera parte del texto de Malaquías. Ahora está aquél al que preparaban los enviados. Cristo, al contrario, hablando de Juan, sólo usa la primera parte de la frase de *Ml 3,1*, para resaltar la figura del “precursor”.

De allí se desprende que el verbo *advenit* deba traducirse en perfecto, aunque su forma admita también el presente. Pero, de ser así seguiríamos anunciando algo que va a venir. Pero estamos celebrando la Epifanía como un cumplimiento de lo anunciado. Es lo que corresponde a la teología de la Epifanía del gregoriano. De este modo el texto del Introito debe traducirse: *He aquí que ha venido el dominador, el Señor!* (habitualmente se toma la otra alternativa, la del presente, y se traduce: *He aquí que viene...* La Epifanía y su celebración en la vida de la Iglesia, es la celebración de la realización de las promesas y por eso debe enfatizarse el “cumplimiento” de las profecías: *ha venido!* Se trata de una verdadera opción de Fe la que indica cómo debe traducirse el texto latino: *El Señor se ha manifestado*. O, como dijo el mismo Señor: *El Reino de Dios está en medio de vosotros (Lc 17,21)*. No se espera otro. Sólo su plenitud.

De este modo Adviento, Navidad y Epifanía, cada una celebra, a su modo, el “adviento del Señor”¹. Pero esa venida ya se ha producido.

Y es de allí que toma toda su fuerza este comienzo del Introito cantando: *Ecce, he aquí!* Todo el Adviento y Navidad estuvo cargado de esta expresión: *Ecce*. Pero todas preparaban esta. Epifanía es el *Ecce* definitivo. La construcción melódica hace de esta palabra una unidad perfecta que deja la entonación reposando en la Fundamental del modo 2, después de haber remontado desde los graves. Desde allí el anuncio *ha llegado (advenit)* también es una figura musical muy firme y consistente que hace el recorrido sonoro pleno del modo 2: del RE al FA. Como ha señalado J. Viret, al modo 2 le gusta pasar de lo claro a lo oscuro, descendiendo hasta el LA grave y desde allí hacer más fuerte la luz serena, propia de este mundo, propia de la condición humana, que le da su Dominante Fa. Aquí es al revés. El *Ecce advenit* saca de la oscuridad del pasado esa luz que comienza a brillar en este mundo, la luz de la Epifanía que no es un resplandor avasallante, sino una tenue humildad suficientemente clara para el ojo de la Fe. La luz resplandeciente no es una realidad externa al creyente, sino que está en sus mismos ojos por la FE. Y esa será la tónica de toda la melodía: partiendo de la región de los oscuros del modo 2, el LA grave de la entonación (luego será el DO), sube hasta el modesto brillo del FA para presentar en esa luz aparentemente débil del FA los grandes atributos del que ha venido: su señorío, su dominio, su imperio.

La antífona entera se compone de tres frases. La primera y la segunda tienen un gran parecido en su construcción musical y las figuras de los neumas. La primera resalta el “dominio” del Señor, y la última su “potestad”, las dos veces a través de la misma forma musical: con una dístrofa anterior a la sílaba acentuada, logrando así reforzar el acento. Además, en las dos frases la cadencia es idéntica, estableciendo una ligazón entre el “Señor” (*Dominus*) y su *imperium*. Al estar las dos en la cadencia hacen que ese señorío e imperio quede revestidos de fuerza y suavidad, describiendo así un reinado *suaviter sed fortiter*.

En el centro de las dos frases extremas, la del medio inicia una cadena musical de atributos encabezados por la conjunción *et*, que se repetirá dos veces más, eslabonando los atributos del señorío, llevándolos de la Fundamental a la Dominante, que pasa a ser la cuerda sonora hasta el fin. El primero y último *et* están contruidos musicalmente de tal modo que, más que ser una simple conjunción, hacen de presentación solemne del atributo que le sigue. Y el último, el *imperium*, evoca otra vez lo que en la Misa de Navidad *Puer* era la cumbre melódica del conjunto: *cuius imperium*. En esta Misa de Epifanía el *imperium*, como conclusión y cadencia final de la antífona es el verdadero coronamiento (aunque no es el *climax*) de todo lo que se canta del enviado de Dios. Así lo presenta su construcción musical. Es otro elemento que, como *lectio bíblica* este Introito de Epifanía, tomado de Malquías aporta: su gran cercanía con lo que dice Isaías 9 que, desde su comienzo es el anuncio de la “gran luz” que brillará sobre el pueblo que caminaba en tinieblas. Y esa luz es la de la Epifanía de hoy.

¹ Cfr. REGAN, P., *Advent to Pentecost: Comparing the Seasons in the Ordinary and Extraordinary*, Liturgical Press (2012), 69.

2. Análisis del *Alleluia: Vidimus*

2. **A** Lle-lú-ia. * íj. ¶. VÍ- di-
 mus stéllam é- jus in Ori-én-
 te, et vé-ni- mus cum muné-
 ribus ad-orá-re * Dó- minum.

The image shows a musical score for the Alleluia 'Vidimus'. It consists of four staves of music with lyrics underneath. The first staff begins with a large 'A' and the lyrics 'Lle-lú-ia. * íj. ¶. VÍ- di-'. The second staff continues with 'mus stéllam é- jus in Ori-én-'. The third staff has 'te, et vé-ni- mus cum muné-'. The fourth staff ends with 'ribus ad-orá-re * Dó- minum.' The music is written in a style typical of Gregorian chant notation, with a treble clef and a key signature of one flat (B-flat). The tempo and dynamics are indicated by the number '2.' at the beginning.

Se trata de la misma melodía del *Alleluia* de la Misa “*Puer*” de Navidad. El versículo está tomado de *Mt 2,2*, y son las palabras de los magos que vienen de Oriente preguntando por el recién nacido.

El versículo no tiene la misma estructura que la que vimos en la Misa *Puer*, por lo que se trata de una composición que, conservando los grandes movimientos del formulario común, pone los acentos donde quiere centrar nuestra atención.

Su comienzo utiliza el *rallentamento* con episema y quilisma para dar más fuerza a esa ascensión jubilosa hasta el LA para exclamar: *Vidimus* (*hemos visto*, aquí no hay otra posible traducción). Este inicio y el final del versículo son el centro musical y teológico del *Alleluia*. Ese final, hacia el que converge toda la melodía dice: *adorare Dominum* (el texto original dice *eum*). Mientras la entonación subía lenta y jubilosamente, el final es una lenta y entusiasta cadencia desde ese mismo LA hasta la fundamental RE.

Otra vez, como en el Introito, el modo 2 juega con esos movimientos de lo claro a lo oscuro y viceversa. Luego de la entonación, que sube hasta la claridad del LA, se mantiene en esa claridad, especialmente para cantar a la “estrella de él” (*stellam eius*). A esa luz de la estrella ahora le sigue la oscuridad de los graves, del lugar lejano de donde viene los Magos, bajando hasta el LA grave.

La tercera frase vuelve a la claridad de la luz para expresar: *et venimus cum muneribus*, con una construcción musical calcada de la primera frase. Gracias a ello pone en paralelo el “ver” y el “venir”. La obediencia de los Magos (*venimus*) es la expresión de su Fe (*vidimus*). Y la culminación de esta frase y de toda la antífona se desenvuelve dentro de ese mundo de la claridad, y lo lleva a su máxima expresión musical para cantar por qué vinieron los magos: *adorare Dominum* (a adorar al Señor).

3. Análisis de la Comunión: *Vidimus*

Communion *cf. Mt 2: 2*

I- di- mus * stel- lam e- jus in O- ri- ente, et
vé- nimus cum muné- ri- bus ado- rá- re Dómi- num.

La Comunión es el mismo versículo del *Alleluia* y tiene los mismos ejes musicales: la primera y la última expresión, sin embargo su construcción en el modo 4 cambia totalmente la tonalidad musical, haciéndola más propia de este momento de la Eucaristía, que es la comunión. Y esa forma nueva que asume en esta comunión es el cambio del canto jubiloso y ágil del *Alleluia*, al contemplativo y sereno característico de las comuniones gregorianas. Y eso se encuentra en la entonación *Vidimus* y al final *adorare Dominum*. Estos dos extremos de la melodía han sido construidos musicalmente para ser saboreados en cada sílaba, que la melodía ha cargado de notas para permitirlo. Entre los dos extremos la melodía adquiere la agilidad de una marcha, guiados por la estrella y cargados de dones.

En la primera frase, esa entonación grave y serena que dice *Vidimus*, yéndose hasta el RE, prepara el andar jubiloso que los Magos hicieron desde Oriente (*stellam eius in Oriente*). Este "Oriente" recibe una énfasis espacial, marcado por una cadencia LA-MI.

La segunda frase representa la partida de los Magos, desde Oriente, cargados de notas y regalos (*muneribus*), que es lo que parece haber hecho lenta su peregrinación, que partió con agilidad yéndose a los agudos y un silabeo sobre el SOL (*et venimus cum*). Y la conclusión de toda la antifona (*adorare Dominum*) hace una construcción musical bien cargada en cada sílaba para permitir que en su canto se puede saborear lo que ellos mismos supieron ver: *adorar al Señor*.